

EL GESTO Y LA EXPRESION CORPORAL EN LA LENGUA Y LA LITERATURA ESPAÑOLA

Por: Miguel Angel Ugarte Chamorro

Desde sus más remotos orígenes el hombre ha gesticulado y se ha valido de la expresión corporal para satisfacer su innata necesidad de comunicación. Siempre fue así y lo seguirá siendo indefinidamente, por tratarse de una cualidad consustancial a la naturaleza humana.

Gestos (movimientos del rostro), ademanes (movimientos de manos y brazos) y actitudes (posiciones que adopta el cuerpo para significar algo) constituyen —acompañados o no de la palabra— un lenguaje de interacción que, sin duda alguna, precede al lenguaje articulado. Aquél se manifiesta a lo largo de toda nuestra existencia, desde que nacemos hasta que morimos y gracias a él —al igual que el lenguaje oral— exteriorizamos, consciente o inconscientemente, nuestros pensamientos, sentimientos, deseos y voliciones.

Para reconocer y ponderar la presencia cualitativa y cuantitativa de esta comunicación no verbal, en las múltiples escenas de la vida pública y privada, bastaría dirigir la atención a nuestros propios y diarios gestos, ademanes y actitudes y a los de nuestros semejantes; a los que se ad-

vierten en cada uno de los miembros de una familia, sea cual fuere su condición económica-social, en sus obligadas interrelaciones personales; a los que exhiben los líderes y los participantes en los mítines políticos, patrióticos o sindicales, según sean de adhesión o de rechazo; a los sacerdotes y los fieles en los actos litúrgicos; a los que muestran en las competencias deportivas, los jugadores, el árbitro, el público y los "hinchas"; a los que acostumbran, en su particular comportamiento, jefes y subordinados de los cuerpos militares; a los característicos de los actores, cantantes y bailarines; a los que distinguen a los conductores y pasajeros en los diversos medios de locomoción; a los que se observan en los programas de televisión, incluyendo la propaganda comercial y muy especialmente los dibujos animados cuya atracción y éxito estriban, justamente, en la humanización de animales y aun de objetos, adjudicándoles movimientos y gesticulaciones propios del hombre; a los empresarios y obreros en las fábricas; a los que intercambian profesores y alumnos o éstos entre sí, en los centros educativos; a los que los niños emplean en sus juegos; y a los habituales de directivos y empleados, o de jefes y sus secretarías, en las oficinas. En suma, un breve análisis de tan incuestionable realidad, nos llevará a la conclusión de que, buena parte de nuestra existencia, se desenvuelve, voluntaria o involuntariamente, a través del lenguaje gestual y corporal cuya riqueza expresiva, suele pasar inadvertida.

La comunicación no verbal se extiende a las bellas artes como la pintura, la escultura, la literatura y hasta ciertas formas de la música moderna. Su valor se amplía aún más con el teatro y la danza y alcanza hasta las artes útiles como el dibujo y la cerámica.

La gesticulación y las actitudes corpóreas del hombre constituyen un sistema de comunicación cuyo estudio no es objeto de ninguna ciencia específica pero que interesa a la psicología, la sociología, la antropología, la lingüística, la

etología y la semiología. Además, tiene vínculos estrechos con la lexicografía, la paremiología y el folklore.

Estas relaciones —fácilmente explicables considerando los fines de las mencionadas disciplinas— culminan con la semiología, genialmente intuída por Saussure y hoy constituída en la Semiótica, nueva ciencia basada en los hallazgos de Hjelmslev.

El propósito de nuestra disertación es evidenciar y destacar la presencia y la influencia de la gesticulación y de la expresión corporal en la lengua y la literatura españolas. Para ello, trataremos, sucesivamente, de la importancia que, desde los tiempos de la antigüedad clásica, se ha reconocido al lenguaje mímico; a los principales estudios que antropólogos, psicólogos, sociólogos y lingüistas han dedicado al comportamiento corporal, hasta culminar con la moderna disciplina de la *Cinésica*; de una sencilla y provisional clasificación de los gestos, que nos hemos permitido formular; del paralelismo cinésico-lingüístico y de su reflejo en la lengua a través de la lexicografía y la paremiología; de la Etología y la Proxemia cuyos efectos se han estereotipado en frases, modismos y refranes; del diferente comportamiento de hombres y mujeres desde los movimientos corporales hasta los usos idiomáticos; de la expresión gestual axiológica; y de las relaciones de esta comunicación no verbal con el folklore. Finalmente, ofreceremos algunos ejemplos representativos de los gestos y los movimientos corporales en la literatura, ejemplos extraídos de selectas composiciones de escritores españoles y peruanos.

Testimonios en la Antigüedad Clásica

Desde las antiguas civilizaciones, el hombre ha dejado la impronta de las manifestaciones gestuales y corporales comunicativas, en sus ceremonias rituales, danzas y repre-

sentaciones teatrales, en dibujos, pictografías, grabados, ceramios, esculturas y monumentos.

Las literaturas oriental y occidental recogieron permanentemente las expresiones comunicativas del cuerpo humano. Al respecto, hemos acumulado un considerable número de valiosas muestras testimoniales, espigadas todas ellas en obras clásicas de ambas culturas. De aquellas muestras, en esta ocasión daremos a conocer sólo unas pocas de las más significativas.

En el culto a Dionisos, en Grecia, los bailes, gritos, gestos y contorsiones de las bacantes originaron el nacimiento del Teatro en el que los actores, cubiertos con máscaras, daban relieve a los movimientos, frecuentemente aludidos en el diálogo.

Según Xenofonte, Sócrates había dicho al pintor Parrasio: “Un aire de grandeza y de nobleza, un aire humilde y servil, la modestia, la prudencia, la insolencia, la rusticidad, todo eso se muestra en el rostro y en el gesto, en la acción y hasta en el reposo”.

En la *Iliada*, Zeus declara: “Y si lo deseas, te haré con la cabeza la señal de asentimiento para que tengas confianza. Este signo es el más seguro, irrevocable y veraz para los inmortales”.

Y en la *Odisea*, leemos: “Atenea hizo una señal con las cejas, la entendió el divino Ulises y salió de la cabaña”.

En cuanto a la cultura latina, recordemos que Marco Tulio Cicerón escribió: “Por las miradas, por la serenidad o arrugar de la frente, por la tristeza o alegría, por la risa, por el habla o el silencio, por el tono de voz y por otras señales semejantes, es fácil juzgar cuál de estas circunstancias es decente y cuál desdice del estado natural”.

Fabio Quintiliano afirmó que por el semblante se conocía la disposición de los ánimos, y que “la voz y el ademán obedecen conjuntamente al alma, pero que el ademán, más que la palabra, explica la mayor cantidad de las cosas por-

que no solamente las manos sino también los movimientos de la cabeza, declaran nuestra voluntad... y por el semblante se conoce la disposición de los ánimos, y aun en los animales..." (Con esta observación se adelantó en siglos a Darwin y a la Etología).

También Quintiliano, luego de considerar minuciosamente los movimientos expresivos de la frente, las cejas, la boca, la cerviz, se refiere a las manos en estos términos: "Apenas puede decirse cuántos movimientos tienen pues casi exceden al número de palabras. Hablan por sí mismas. Con ellas, pedimos, prometemos, suplicamos, preguntamos, negamos, y mostramos gozo, duda, número y tiempo. Para mostrar los lugares y las personas ¿no hacen las veces de adverbios y pronombres?". (Así, también, se adelantó a la deixis o campo mostrativo de Bühler).

Hitos en el estudio de los gestos y la expresión corporal

Los primeros estudios sobre el lenguaje estuvieron dedicados a descubrir sus orígenes. Posteriormente, a fines del siglo XVIII, las investigaciones se dirigieron a indagar y analizar su naturaleza. Hasta entonces, se le consideraba don divino o creación, consciente o inconsciente, de la razón y la experiencia.

Wilbur M. Urban en su obra *Origen del lenguaje* declara que con los estudios de Carlos Darwin se superaron los de Guillermo Humboldt y Jorge G. Hegel, al sentarse la teoría de que el origen y la evolución del lenguaje se rigieron por las leyes naturales lo que despertó el interés por lo interjeccional y onomatopéyico hasta derivar en la idea de hallar el origen del lenguaje en los gestos y los gritos de los animales, tesis, desde luego, hoy superada, al considerarse que el lenguaje es una actividad cultural humana y no instintiva, definición que no invalida los estudios sobre la gesticulación como actividad comunicativa.

Jac V. Ginneken en su estudio *Principios de lingüística psicológica* (1907), sostuvo que el lenguaje gestual aparece antes que el articulado y basó su teoría en los morfogramas chinos que, al igual que los jeroglíficos egipcios y aztecas, reproducen gesticulaciones y actitudes humanas.

Guillermo Wundt (1912) en su *Psicología de los pueblos* afirmó que el lenguaje oral era producto de la evolución de los movimientos expresivos del cuerpo los que constituían una especie de primitivo lenguaje gestual. (Esta gesticulación era en parte imitativa y en parte indicativa, mas, el hombre, valiéndose de las manos no sólo señala e imita sino también representa funciones biológicas que llegan más tarde a unirse inseparablemente a los movimientos sonoros).

J. Vendryes (1921) en su tratado *El lenguaje* sostuvo: "En todos los pueblos, más o menos, el gesto es la medida de la palabra; las expresiones de la cara traducen, al mismo tiempo que la voz, las emociones y los pensamientos. La mímica es un lenguaje visual tan antiguo como el lenguaje auditivo".

Cierto es que, desde 1914, decenas de importantes especialistas han venido sucediéndose en el estudio de la gesticulación humana y verdad es también que la bibliografía es muy abundante como la que Flora Davis incluye en su libro *La comunicación no verbal*, pero el estudio realmente sistemático comienza sólo en 1950 con los trabajos de H. Wallon, Ray L. Birdwhistell, G.W. Allport y F.H. Veron, E.T. Hall, E. Goffman, Paul Ekman y W.V. Friesen y varios otros, la mayoría de ellos norteamericanos.

H. Wallon observa que, en todo momento, los individuos están proporcionando apreciable cantidad de informaciones mediante gestos, posturas y, en general, expresiones mímicas sean éstas conscientes o inconscientes.

Birdwhistell aplica los métodos y aun la terminología lingüística a los fenómenos gestuales y crea la *Cinésica*

(1950) que analiza el lenguaje corporal a través de lo que él denomina *cines*, *cinemas* y *cinemorfemas*. La *cinésica* comprende, a su vez, la *precinésica* que trata de los factores fisiológicos determinantes del movimiento; la *microcinésica* que estudia las unidades del movimiento; y la *cinésica social* que contempla el aspecto cultural de los gestos.

Ekman y Friessen clasifican los gestos en cinco grupos a los que denominan: *ilustradores*, *reguladores*, *adaptadores*, *señales* y *emblemas*.

Scheflee es el autor del término "interacción", equivalente a "conversación".

Edward Hall es el creador, en 1975, de la *Proxemia* o teoría de la "territorialidad" de la que nos ocuparemos más adelante.

En América del Sur son apreciables los aportes del chileno Ambrosio Rabanales con su ensayo titulado "Somatolalia" en el que divide los movimientos psicósomáticos en *expresivos*, *comunicativos* y *activos*. El italiano Meozilio ha descrito los gestos advertidos en el Uruguay y la Argentina. Posteriormente, con la colaboración de la colombiana Silvia Mejía, publicó un sugestivo diccionario fotográfico de gestos. Aura Gómez, en Venezuela, también se ha ocupado del tema.

Sobre la comunicación gestual se han interesado muchos lingüistas como Bühler, Vossler, Bally, Saussure, Vendryes, Sapir, Bloomfield, Delacroix y Swadhesch. La contribución española se ha hecho presente, asimismo, con significativos estudios de los pensadores José Orteega y Gasset y Gregorio Marañón.

Los antecedentes expuestos permiten comprender mejor el contenido de la *Cinésica* que es el estudio del movimiento corporal, a diferencia de la *Cinética* que se ocupa del movimiento en general.

Se entiende por postura corporal comunicativa la actitud que mantiene el cuerpo y los movimientos que pueden

realizar todas y cada una de sus partes, en referencia a la postura misma, y a la dirección, velocidad y fuerza de los movimientos.

El hombre se expresa utilizando medios portadores de significación, y si es cierto que puede comunicarse con simples o complejos movimientos del cuerpo o de sus partes, utiliza general y preferentemente la palabra. Mas, en este caso del general uso del habla, el hombre emplea también una serie de elementos concomitantes que son gestos y movimientos que refuerzan o colorean la palabra, precisándola con mayor eficacia. Tales gestos y movimientos no son caprichosos sino están dirigidos a las personas receptoras para su interpretación de acuerdo con un determinado código consabido e inteligible que, por su carácter diverso y convencional, es comparable al lenguaje oral.

La difundida idea de que cada movimiento tiene un significado en sí mismo, fue desechada por Birdwhistell cuando sostuvo que aquélla falseaba la realidad por cuanto la situación y la oposición convencional con otros movimientos son los que aportan el significado. El antropólogo Norman McQuown confirmó dicho concepto al juzgar que el significado era la correlación de unas formas con otras y no las formas mismas.

Me permito proponer una primera clasificación de los gestos y movimientos comunicativos en universales, socio-culturales y particulares o de grupo.

Los movimientos corporales expresivos tienen un evidente carácter universal. Sin embargo, al igual que las lenguas, las diferentes culturas suelen diversificarlos. Resulta también fácilmente comprobable que algunas colectividades se caracterizan por usar en mayor número y con más intensidad, gestos, ademanes y actitudes. Así, los italianos los usan más que los españoles y éstos más que los ingleses. Existen, igualmente, los gestos o signos eso-

téricos sólo inteligibles entre los componentes de grupos determinados, como los francmasones y los monjes trapenses.

Suele ocurrir, asimismo, que ciertos movimientos expresivos de una sociedad, significan algo diferente y aun contrario, en otra. Entre nosotros, por ejemplo, el ademán de agitar la mano en alto con la palma hacia adentro, es signo de despedida, mientras que en Norteamérica es interpretado como señal de llamada.

Si la expresión corporal tiene valor propio o refuerza eficazmente la expresión verbal, su exagerado uso es índice revelador de situaciones especiales. En una sociedad como la nuestra, su mayor empleo, en el plano *diatrático*, corresponde al habla coloquial y familiar y, en grado aún más acentuado, a la gente de bajo nivel social. Los niños, por su incipiente capacidad lingüística, apelan permanentemente al lenguaje mímico. Las mujeres, a su vez, son más expresivas en gestos que los varones.

En esta somera exposición, podemos hacer una segunda clasificación de los movimientos expresivos en *inconscientes conscientes* y *convencionales*. Si estos dos últimos son marcadamente significativos, también podemos encontrar sentido en la mayoría de los movimientos inconscientes, sentido que intuye e interpreta el receptor por su experiencia socio-cultural; así, el bostezo, según las circunstancias puede expresar aburrimiento, sueño, nerviosidad o cansancio.

Los gestos y la lexicografía

Aproximándonos al conocimiento del paralelismo cinésico-lingüístico, advertimos una importante inter-relación entre los gestos y las expresiones lingüísticas que, estudiadas por la lexicografía, van desde el modismo hasta el campo de la paremiología o tratado de los refranes.

La lengua castellana, en su inmenso caudal de términos, contenidos o no en los diccionarios, dispone no sólo de

numerosos sustantivos, adjetivos y verbos correspondientes a las expresiones corporales, sino también de formas pluri-verbales, estereotipadas en frases, locuciones, dichos y refranes referidos a gestos, ademanes y actitudes, formas que ha creado y continúa creando el pueblo con su inagotable vitalidad lingüística a la que se suma el talento creador de los escritores.

Relevando la importancia que la gesticulación tiene en el léxico castellano, hemos reunido hasta ciento veinte términos sustantivos que sirven para denotar gestos y movimientos expresivos. Citaremos algunos de los menos conocidos: *alcocarra, carantoña, coco, comporte, coquito, desgaire, esquince, desguince, esbronce, esparajismo, fyanca, figurería, fisga, garambaina, jeribeque, marro, mimesis, mohina, momería, neuma, olisco, parajismo, pasmarota, pitorreo, plañimiento, plauso, regaño, regate, repelo, repullo, ronco, zalama, zalema y zalamelé.*

Hemos recogido sistemáticamente las frases y modismos que, con sentido real o figurado, dispone la lengua castellana para indicar los diferentes movimientos expresivos de la cabeza, la frente, las cejas, los párpados, los ojos, la nariz, la boca, los labios, la lengua y demás partes del cuerpo, incluyendo los pies. Mencionaremos algunos cuantos: *agachar la cabeza, levantar cabeza, arrugar la frente, con la frente en alto, con la boca abierta, fruncir la boca, sacar la lengua, arrugar la nariz, estirar el cuello, con los brazos abiertos, cruzarse de brazos, cara a cara, en la cara se le conoce, hacer caritas, encogerse de hombros, señalar con el dedo, tirar dedo, nombrar a dedo, meter los dedos en la boca, sacar pecho, mover las caderas, cruzar las piernas, arrastrar los pies.*

De estas locuciones, en series correspondientes a cada una de las partes expresivas del cuerpo, hemos reunido algunos millares que, tal vez algún día, alcancen su publicación.

Hay modalidades diversas en el uso de estas expresiones: "Estrechar la mano", por ejemplo, describe una actitud compuesta de movimientos del brazo y de la mano, ejemplo en el que se advierte una expresión verbal y otra cinésica que se corresponden.

En este paralelismo, resulta fácilmente explicable que movimientos compuestos (sintaxis del movimiento) exijan frases o modismos en relaciones que tienen variedad de formas. A veces, la emisión de la frase o modismo se acompaña del movimiento expresado como cuando se dice: "*Lo miró de pies a cabeza*" y simultáneamente se ejecutan los movimientos de la cabeza y la mirada siguiendo el mismo curso. Otras veces, el movimiento complementa la forma lingüística como en la frase "Juan es así..." y, en acto simultáneo o continuo, se muestra el puño cerrado significando *tacaño*, *mezquino* o "*amarrete*" para emplear un peruanismo. Mas, si se mostrase la mano abierta, ello significaría, precisamente lo contrario: *generoso* o *desprendido*. Hay otros movimientos que reemplazan en ventaja a las palabras, como llevarse el dedo índice a los labios para imponer o recomendar silencio; o cubrirse las orejas con las manos para no oír o rechazar lo que alguien dice o se dispone a decir.

Casos hay en los que la repetición de términos (anáfora) va paralela a movimientos también repetidos, como *dale y dale* o *dale que dale* que se acompañan con golpes de mano. Hay, por último, otras modalidades en las que el movimiento antecede a la expresión o viceversa. Tal es el caso de: *es cabeza dura*, dicho golpeando cualquier superficie con el nudillo del dedo medio de la mano.

De una nutrida colección que tenemos elaborada, mencionaremos ejemplos de refranes relacionados con el movimiento corporal: "*en boca cerrada no entra mosca*", "*de quien pone los ojos en el suelo, no fies tu dinero*", "*juego de manos es de villanos*", "*muchas manos en un plato*,

causan arrebatos”, “no hay mujer con seso, delante del espejo”, “a espaldas vueltas, memorias muertas” y “canas y dientes son accidentes, arrugas y arrastrapiés, eso es vejez”.

La etología

Desde la antigüedad, el comportamiento humano fue comparado con el de algunos animales, existiendo historietas, cuentos y expresiones que lo confirman. La poesía épico-burlesca y las fábulas ofrecen buenos ejemplos. Mas, esas relaciones, sólo comenzaron a estudiarse científicamente a partir de Darwin, cuando escribió *Las emociones en el hombre y en los animales*. Posteriormente, algunos estudiosos trataron el tema dando lugar a la *Etología* que se puede definir como el estudio comparado de la conducta y las costumbres de los animales. En la actualidad se estudian las analogías entre la conducta de unos y otros. Desmond Morris en su obra *El mono desnudo*, en la que aplica a los seres humanos los métodos y las técnicas de la etología animal, declara: “el orgulloso hombre que se autodenominó *homo sapiens* sigue siendo un mono desnudo que al adquirir nuevos y elevados móviles, no perdió ninguno de los más vivos y prosaicos”.

Las analogías existentes entre el hombre y los animales han originado expresiones utilizadas en la lengua hablada y en la literatura, expresiones que, regularmente, van acompañadas de gestos, movimientos y actitudes apropiados.

Los ejemplos abundan. Desde las frases comunes “*ser un burro*”, “*una mula*”, “*una hiena*”, “*comer como un pajarito*”. “*dormir como un lirón*”, “*andar como una tortuga*”, hasta locuciones y refranes como: “*ser pata de perro*”, “*sacar las uñas*”, “*enseñar los dientes*”; “*perro que ladra no muerde*”, “*gallo viejo con el ala mata*”; “*estar como perro y gato*”, “*mueve la cola el can, no por ti sino por el pan*”, etc.

La proxemia

Los hombres y los animales, aparte de la personalidad en unos y características en los otros, tienen un comportamiento que es modelado por el entorno social y por el espacio que se conoce con el nombre de "territorialidad". Tal comportamiento expresado en actitudes significativas ha sido estudiado por Edward Hall quien ha ideado una nueva ciencia: la *Proxemia*.

Animales como el perro marcan y delimitan su territorialidad mediante micciones, y se mantienen pasivos o se tornan agresivos según otros animales o el hombre, respeten o violen su territorio. ¿En la tauromaquia, no se oye hablar de "*los terrenos del toro*"?

Los niños son muy celosos de su espacio circundante y riñen o agreden con frecuencia a quien invade su campo de acción.

Los adultos circunscriben su ámbito territorial de acuerdo a convenciones sociales y guardan distancias entre sí para trabajar, conversar, tomar asiento, saludarse, bailar y, en general, en las diversas circunstancias de la vida social.

En la proxemia, las distancias tienen mucha importancia y se miden según patrones que marcan las diversas sociedades. Así, los sajones guardan mayor distancia para conversar, que los latinos. Quienes manejan automóvil, sienten ampliados sus límites corporales a las medidas del vehículo, circunstancia que determina el aumento de la territorialidad personal que debe respetarse y guardarse para evitar accidentes.

El acatamiento o la transgresión de las leyes —llamémoslas así— de la proxemia, da lugar a frases o refranes como las siguientes: "*distancia y categoría*", "*guardar las distancias*", "*de lejos se ven los toros*", "*los mirones son de palo*", "*pisar los talones*", "*cada gallo canta en su corral*", "*ni tan cerca que se queme, ni tan lejos que se hiele*",

“parientes y trastos viejos, lejos, muy lejos”, “más valen cien comilonas que un mirón”, “quien fue a Sevilla perdió su silla” que se complementa con “. . . y quien regresó, de las orejas lo sacó” o “. . . y quien fue prudente, se sentó al frente”; “juntos pero no revueltos”; “entre santa y santo, pared de calicanto”; “el hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla”, y muchos más.

El comportamiento corporal en hombres y mujeres

La sociología de la lengua estudia los factores de orden social en los que se fundamentan las diferencias entre el habla de hombres y mujeres, de superiores y subordinados y de adultos y niños.

Sin restar importancia a las otras, son las diferencias según el sexo —especie de *diglosia* o dos lenguas— las que en esta oportunidad vamos a considerar.

Tales diferencias —susceptibles de ser determinadas mediante patrones específicos— son más ostensibles cuando, en reuniones de cualquier índole, hombres y mujeres se separan, con temas conversacionales diversos.

En la generalidad de los casos, hombres y mujeres se comportan y mueven de maneras distintas, constituyendo oposiciones cinésicas.

Birdwhistell, creador de la ciencia cinésica, afirma que los movimientos corporales masculinos y femeninos se diferencian más que por causas biológicas, por la cultura que se adquiere desde la infancia. Pero, sea cual fuere la razón, el hecho es que hay comportamientos característicos y propios de cada sexo. Múltiples son los ejemplos.

Mientras las mujeres se arreglan el cabello constantemente y con ligeros toques de los dedos, los hombres sólo lo alisan en escasas circunstancias. Los hombres corren llevando las piernas de adelante hacia atrás y viceversa, alternadamente y siguiendo planos verticales paralelos, en

tanto que las mujeres, en la carrera, al llevar alternadamente las piernas hacia atrás, las levantan volviendo los pies hacia los lados exteriores, como un aleteo simple. Los hombres, al sentarse, generalmente cruzan las piernas más que las mujeres. Estas, en cambio, acostumbran sentarse con las piernas juntas, derechas o inclinadas a uno u otro lado. Los niños pelean dándose de trompadas. Las niñas, a su vez, se dan palmadas, se arañan o se cogen de los cabellos.

Salvo excepciones, los hombres encienden los fósforos de afuera hacia adentro, y las mujeres, de adentro hacia afuera. Los hombres muestran las manos por las palmas, y las mujeres por el dorso. Los varones recogen un objeto del suelo doblando el cuerpo con las piernas separadas y algo dobladas, a diferencia de las mujeres que, casi siempre, colocan el pie izquierdo hacia atrás y doblan las piernas ladeándolas a la derecha o a la izquierda, para recoger el objeto.

Si a una dama sentada se le arroja un objeto sobre el regazo, separará las piernas para recibirlo con las manos. El hombre, puesto en el mismo caso, juntará las piernas.

Para llamar a alguien que está distante, el hombre suele hacerlo con silbidos, la mujer casi nunca los usa en situación semejante. La mujer canturrea las canciones de su agrado, el hombre prefiere silbarlas, aun en la calle.

La demostración objetiva de estas diferentes características, puede dar motivo a divertidos pasatiempos y juegos de salón, en los que las actitudes y movimientos son manifiestos.

Carlos Jhonson sostiene que el cuerpo femenino es múltiple y que continuamente emite señales positivas o negativas. Si la mujer está enamorada habla con su cuerpo y hasta monologa a fin de atraer al hombre favorecido. Si, por el contrario, rechaza a quien la enamora o le es indiferente, envía mensajes negativos que van desde el silencio hasta los gestos y los movimientos corporales. Añadamos

a estos conceptos que, en situación amorosa, el cuerpo del hombre también es expresivo aunque en menor grado y que lo hace, principalmente, a través de la mirada insistente.

Esta manera diferente de actuar de hombres y mujeres se refleja, naturalmente, en las diversas manifestaciones de la lengua y la literatura.

De las mujeres se dice, por ejemplo: *“con la cara al óleo y la barriga al temple”, “es una marisabidilla”, “habla hasta por los codos”, “hace morisquitas”, “está llena de dengues”, “es toda melindres”, “hace ojitos”, “rabadilla sin socieego”, “es una perica”, “habla como una placera”, “enseña las piernas”, “hace arrumacos”, “hace caritas”, “es una hormiguita”, “Magdalena ya no está para tafetanes”*. Con ese carácter, hay también dichos y refranes como: *“en el andar y el beber se conoce a la mujer”, “en cielo de sierra, cojera de perro y llanto de mujer, no hay que creer”,* etc.

Y de los hombres, en contraposición, se dice: *“es un viejo verde”, “es un pico de oro”, “es un don Juan”, “es un Oteló”, “es un matón”, “es un perdonavidas”, “habla como un carretero”, “echa ajos y cebollas”, “es un sabelotodo”, “es un pájaro de alto vuelo”, “es un Juan Lanas”, “está como una uva”, “es un jarro”, “es un picaflor”*; y dichos y sentencias como: *“Pedro ya está viejo para cabrero”,* y *“en la mesa y en el juego se conoce al caballero”*.

La expresión gestual axiológica

Al igual que la palabra, la gesticulación puede expresar conceptos de puro conocimiento y los valorativos o axiológicos.

Los movimientos de cabeza afirman, niegan y denotan duda, conocimiento o ignorancia. Gestos y movimientos sirven también para manifestar la exclamación, la reticencia, el pleonismo, el eufemismo y el disfemismo. Hay gestos meliorativos, peyorativos, ponderativos, aumentativos y di-

minutivos y los hay, igualmente, para manifestar el humorismo, la ironía y el sarcasmo. Por lo general, estos gestos acompañan a las correspondientes expresiones verbales.

Finalmente, si los tropos cumplen función normal en el lenguaje, también los hallamos en la comunicación gesticular, y tanto, que muchos gestos son metáforas en sí, en cuanto son el resultado de comparaciones espontáneas de la mente humana, como, por ejemplo, golpear repetidamente los dedos de una mano sobre la palma de la otra para significar el pago al contado que, en la lengua oral y popular, se expresa con las voces onomatopéyicas “chin-chin” o “chanchan”; frotar reiteradamente las yemas de los dedos pulgar e índice —como quien cuenta papel moneda— significa dinero; y levantar los dedos meñique e índice mientras quedan doblados el medio y el anular, alude a los “cuernos”.

Las locuciones verbales valorativas van siempre acompañadas de gestos o ademanes que refuerzan la valoración. Ejemplos son: “*bocato di cardinale*”, “*de chuparse los dedos*”, “*de rompe y raja*”, “*es una minucia*”, “*no vale la pena*”, “*es cosa de nada*”, “*es poquita cosa*”, “*no vale un pito*”, “*le salen los ojos de las órbitas*”, “*quedarse frío*”, “*quedarse con la boca abierta*”, “*no es cosa del otro mundo*”, “*está de rechupete*”, “*está mal de la cabeza*”, “*viene con la misma tonada*”, etc.

Los gestos y el folklore

El folklore —conjunto de tradiciones, creencias y costumbres de las clases populares— inicialmente circunscribió sus investigaciones a la literatura popular. Posteriormente, las amplió a todo lo que se trasmite por tradición oral, a lo que se aprende fuera de la escuela, en el juego de la vida. Y reconociendo que la ciencia folklórica tiene sus fuentes en la sabiduría del pueblo, resulta fácil com-

prender la frecuente presencia de expresiones gesticulares, entre sus ricos materiales. Daremos algunos ejemplos.

De Coplas:

“Cuando dos quieren a una
y los dos están presentes,
el uno cierra los ojos
y el otro aprieta los dientes”.

“¿Sabes lo que consigues
con tus meneos?
que te miren los hombres
con menosprecio”.

De juegos de niños: En general, todo juego infantil está matizado de gestos y movimientos expresivos. Baste señalar que Rodrigo Caro, en 1625 y en su obra *Días geniales y lúdicos*, dedicó capítulos especiales a: *Otras burlas; señalando con las manos y otras partes del cuerpo... sacar la lengua, torcer la nariz, y asombro de los muchachos con palabras y acciones del rostro.*

Son corrientes las locuciones *entrar con el pie derecho* o *entrar con el pie izquierdo*. A propósito, el filólogo español Manuel Alvar, nos informó que desde la antigüedad se consideraba de mal agüero que los soldados iniciaran la marcha con el pie izquierdo. Para romper esta superstición, los jefes obligaron a sus soldados a principiar la partida, siempre, con el pie izquierdo.

Hay la creencia que si una criatura mantiene empuñadas las manos, será tacaña, y si las tuviera abiertas, será generosa; que tocar la espalda a un jorobado trae suerte; que el hipo se cura con un susto; y que “ojear”, causa en los niños el llamado “mal de ojo”, etc.

En cuanto a los *apodos*, muchos de ellos se inspiran en las características físicas y el comportamiento de los

apodados. El pueblo es sumamente ingenioso para crearlos y adjudicarlos con admirable certeza. Ejemplos son: "Pisablandito", "Pisahuevos", "Llanta Baja", "Brazo loco", "Lágrima de Burro", "Ataja Pollo", "Zapato de techo", "Chasis de Golondrina", "Tarzán de Maceta", "Inspector de Cornizas", "Besos Brujos".

Gestos y movimientos corporales de la literatura española y peruana

En todo tiempo y lugar, las creaciones literarias, en prosa y en verso, han tenido copiosas referencias a expresiones faciales, corporales y movimientos comunicativos.

De un extenso muestrario que hemos extraído de selectas composiciones españolas y peruanas, antiguas y modernas, expondremos unos cuantos ejemplos de los más significativos.

De un antiguo romance anónimo:

"Porque es tan fuerte el amor
y son sus efectos tales,
que lo publican los ojos
aunque la lengua los calle".

Del *Arcipreste de Hita*:

"Por todo el mundo anda su sarna e su tinna,
do el dinero juzga, allí el ojo guinna".

De *Fray Luis de León*:

"que bien podrá su acento
abrazar las orejas,
rugar la frente y enarcar las cejas".

De *Mateo Alemán*:

“Estiréme el cuello, comencé a jinchar la barriga y atiesar las piernas. Tanto se desvanecía, que de mis visajes y meneos, todos tenían que notar. . .”.

De *Francisco de Quevedo*:

“Ninguna mujer que tuviere buenos ojos y buenas manos, puede ser hermosa ni dejar de ser fantasma porque en preciándose de ojos, tanto los duerme, y los arrulla, y los mece, y los flecha, que no hay diablo que la pueda sufrir”.

De *Miguel de Cervantes*:

“Paróse Sancho a rascar la cabeza para traer a la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro; una veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, dijo. . .”.

De *Calderón de la Barca*:

“Inés: nada te digo
con la voz, porque los ojos
hurtan a la voz su oficio”.

Ya en nuestro siglo, los escritores y en obras diversas de su ingenio, escriben

Ázorín:

“Un torbellino rápido y violento de gentes que gesticulan, manotean, gritan, corren”.

Ramón del Valle Inclán:

“Le hablaré por señas como a una novia”.

Miguel de Unamuno:

“Para un sordo debemos aparecer como locos los que hablamos y gesticulamos y nos oímos”.

Ramón Pérez de Ayala:

“Aplonar hizo un racimo de los dedos, se besó las yemas, sorbió el aire, puso en blanco los ojos y alentó con voz desvaída: ¡Azúcar!”.

José Ortega y Gasset:

“... hacen las figuras gestos que, al pronto no entendemos, gestos en que se expresan acciones ejemplares y sentimientos esenciales... Los gestos, decía yo, son reacciones a lo que se ve y se oye”.

* * *

Las siguientes son muestras, dispuestas cronológicamente, de gestos y movimientos corporales, presentes en la literatura peruana.

Del Inca Garcilaso de la Vega:

“A los primeros vasos (de brebaje) mojaban la punta del dedo de en medio, y, mirando al cielo con acatamiento, despedían del dedo (como quien da papiroles) la gota del brebaje que en él les había pegado, ofreciéndola al Sol... y con la boca daban dos o tres besos al aire, en señal de adoración”.

De *Juan de Caviedes*:

“Si quieres ser dama
anda tú menudito, muy a prisa
.....
usarás al andar muchas corvetas,
meneos y gambetas...”.

De *Esteban de Terralla y Landa*:

“Aquellas que a media noche
se ensayan de movimientos
de pies, modos de andar,
de paseos y meneos”.

De *Flora Tristán*:

Tienen (las limeñas) facilidad de expresión y sus gestos son tan expresivos como sus palabras... sus ademanes son encantadores como su andar...”.

De *Ricardo Palma*:

“Empezaron por medirse de arriba abajo y esgrimir los ojos como si fuesen puñales buídos. Luego, a guisa de guerrillas, cambiaron toses y sonrisas despreciativas...”.

De *José Santos Chocano*:

“El joven indio abre los ojos
llanos de trágica humedad;
y, con gesto displicente
que no se puede penetrar...”

De *José María Eguren*:

“los corvados, los bisiestos
dan sus gestos, sus gestos, sus gestos”.

De *César Vallejo*:

“Y el hombre, Pobre ¡Pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos lama una pamada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza como charco de culpa, en la mirada”.

De *Ciro Alegría*:

“Mira sesgadamente, pasea los ojos por el suelo, baja
la frente... Este indio no es santo, dice el patrón... ahí
está la cara”.

De *José María Arguedas*:

“... y entonces movía los brazos con rabia, como si
se sacara las palabras con la mano”.

De *Julio Ramón Ribeyro*:

“Doña Romelia fruncía el seño y su cara se iba retor-
ciendo como si hubiera metido dentro de la boca un limón
ácido”.

De *Alfredo Bryce*:

“... hay que gestualizar también el cuerpo, el cuerpo
tiene que encontrar su expresión, su lenguaje... Sí, sí,
empecé a gesticular, rodeado de estos muchachos puro ges-
to... viva el gesto, viva el ademán, viva el cuerpo...”.

Mario Vargas Llosa constituye caso singular.

Después de haber examinado considerable número de obras de los más acreditados escritores españoles y peruanos, juzgo que este brillante autor, universalmente consagrado y miembro de número de la Academia Peruana de la Lengua, es, a la par de don Francisco de Quevedo, uno de los que mejor tratan y utilizan las gesticulaciones y el comportamiento corporal comunicativo, recurso que ha sido y es empleado, en mayor o menor grado, por todos los escritores, pero que en las creaciones de Vargas Llosa alcanzan insólita destreza en su logrado propósito de "reflejar la realidad a través de otra realidad", la gestual, como acertadamente lo ha destacado José Miguel Oviedo, en el prólogo de "*Los Cachorros*".

En las primeras páginas de "*Pantaleón y las visitadoras*", por ejemplo, Vargas Llosa emplea profusas expresiones relativas a la gesticulación y a la conducta corporal tales como: *estrecha una mano, palmea un hombro, hace ojitos, sella los labios con un dedo, toma aliento, parpadea y tose, hunde vientre, saca pecho, chasquea la lengua, forma una argolla con el pulgar y el índice, gesticula, hace pucheros* y muchas otras que, sumadas a las contenidas en sus demás obras, se contarían por varios millares, dignas de figurar en una deseable antología del gesto corporal en la producción literaria de Vargas Llosa.

Además, advertimos en *Los Cachorros* un recurso estilístico sui-géneris que consiste en la enumeración de términos relativos a diferentes partes expresivas del cuerpo y a diversas actitudes que, a modo de pinceladas o rasgos nítidos, se van intercalando, por series, en un animado relato que da la sensación de haber sido puesto en dinámica marcha a través de un lente fílmico, para desarrollar el movimiento, en este caso, gestual y comunicativo. A este recurso lo llamaríamos de "técnica cinematográfica".

Exponemos el siguiente ejemplo —conformado por un conjunto de expresiones rápidas y sucesivas— de la técnica creada por Vargas Llosa:

“... y ella disforzada... y le metía por los ojos sus manitas blancas... sus deditos gorditos... y sus uñas largas... pintadas de color natural... Alegrándose, manitas, ojos, pestañas... boquita ¡uy, qué lindo... ojitos... y ella ay, ay, ay, palmoteando, manitas, dientes, zapatitos... deditos, uñas, vocesita... un rulito, el cuello, las orejitas... ¡ay, ay, ay, zapateando, puñitos, ojazos... cinturita y tetitas... y ella aj, aj, arruguitas, frentecita... un hoyito en los cachetes, pestañitas, cejas... hombritos... codos, rodillas... la punta del dedito, el pie, un taconcito blanco... ojos, carcajadita”.

* * *

Creemos haber cumplido nuestro propósito de relevar la importancia de la gesticulación, facultad que, inherente a la condición del hombre, éste, como ente social, la ejerce con fines comunicativos. Concomitante al lenguaje articulado, la gesticulación forma con él un subsistema paralelo casi indesligable pues no hay persona que al hablar deje de poner en actividad, alguna o varias de las partes expresivas de su cuerpo.

La lengua, como entidad real que acumula permanentemente la actividad de los hablantes, es como un inmenso depósito de variadas estructuras que pone al servicio de la comunidad. En esta tarea, la lengua estereotipa gestos, locuciones y refranes en series abiertas que van enriqueciéndose con el aporte del habla popular y el talento creador del escritor, vertientes que, con diferentes modalidades, influyen en la mayor eficacia de la comunicación y aun en la perfección de sus mensajes y el logro de sus ideales estéticos.

El escritor, intermediario entre la lengua y la literatura, y atento observador de la compleja realidad humana, en su intento de traducirla e interpretarla, selecciona entre las estructuras de su lengua y ensaya nuevas formas, conducido por la intuición, motor de las creaciones humanas.

Asimismo, el escritor consciente de la riqueza expresiva corporal a través de sus diversas manifestaciones, se esfuerza por trasladarla a su tarea, a su obra y a su personal mensaje intelectual. Y para cumplir su cometido, goza de plena libertad en la elección de las fórmulas de tratamiento del lenguaje gestual, fórmulas que podrían sistematizarse en el siguiente ensayo de clasificación provisional:

- a) Simple exposición del gesto: "Doña Romelia fruncía el ceño" (Ribeyro).
- b) utilización de sucesivos gestos sinónimos: "harás al andar muchas corvetas, meneos y gambetas" (Caviedes).
- c) calificación de gestos: "con un gesto displicente" (Chocano).
- ch) descripción de gestos: "De repente Miguel de Santiago, con los ojos fuera de las órbitas" (Palma).
- d) enunciación del gesto con refuerzo de una comparación: "Se llevó las manos al pecho como si intentara sofocar los latidos de su corazón" (Palma).
- e) empleo de metáforas: "pero endulzaba el gesto" (González Prada).
- f) uso de enumeración: "porque en preciándose de ojos, tanto los duerme y los arrulla, y los mece y los flecha" (Quevedo).
- g) enumeración caótica: "palmoteando, manitas, dientes, zapatitos" (Vargas Llosa).
- h) especulación sobre la naturaleza del gesto: "los gestos, decía yo, son reacciones a lo que se ve y se oye" (Ortega y Gasset).
- i) encarecimiento de la utilidad gestual: "las manos ha-

blan por sí mismas. Con ellas pedimos, prometemos, suplicamos, preguntamos, negamos” (Quintiliano).

- j) utilización de la figura de repetición: “gestos, gestos, gestos” (Eguren).
- k) creación de nuevas técnicas: “boquita, ay, qué lindo... ojitos...” (Vargas Llosa).

* * *

Deseamos exponer, finalmente, un ejemplo que, en algún modo, sintetiza el contenido esencial de nuestro discurso.

Se trata del romance *La doncella guerrera*, muy popular en el siglo XVI y recogida por Ramón Menéndez Pidal en *Flor nueva de romances viejos*.

El sencillo argumento de este romance —cuyos elementos folklóricos superviven hasta hoy en España y América en forma de juegos y entretenimientos— es el siguiente: una doncella ofrece a su padre ir a la guerra por no tener hermano varón. Después de dos años de lucha, su compañero de armas, el hijo del rey de Aragón, se enamora de los ojos de don Martín (nombre adoptado por la doncella) y, angustiado, transmite a su madre sus dudas acerca del sexo de su amigo. Para salir de la incertidumbre, la madre aconseja:

“Hijo, arrójale al regazo
tus anillos al jugar;
si don Martín es varón,
las rodillas juntará,
pero si las separase,
por mujer se mostrará”.

Es, por lo expuesto, uno de los innumerables testimonios de inter-relación o trasiego cultural en el que la vitalidad de la expresión popular —en este caso, con claros signos folklóricos relativos al comportamiento corporal— culminan en floración literaria.

La sabiduría popular nutre la lengua, y el escritor, a su vez, se nutre de la lengua y de la propia y ajena experiencia vital, para devolver al pueblo un material renovado y estético. Todo ello, en un gran círculo —permítasenos llamarlo *círculo virtuoso*— que se va repitiendo y superponiendo en los entresijos de las sociedades humanas, ávidas, siempre de comunicación.